

Arbil cede expresamente el permiso de reproducción bajo premisas de buena fe y buen fin

[Para volver a la Revista Arbil nº 97](#)

[Para volver a la tabla de información de contenido del nº 97](#)



«Cada año mueren en España por aborto químico más españoles que los caídos en los tres años Guerra Civil
Cada semana son asesinados por aborto quirúrgico en España tantos españoles como ETA ha asesinado durante sus 40 años de acciones terroristas
El aborto es legal en España, desde la Ley Orgánica 9/1985, aprobada por el Parlamento, ratificada por el Rey, y mantenida por los gobiernos del Sistema»

Antonio Millán-Puelles (1921-2005) *in memoriam*

por Rogelio Rovira

Homenaje para el acto académico organizado por la Sociedad Internacional Tomás de Aquino de España, en Madrid el 9 de junio de 2005

Con el fallecimiento de don Antonio Millán-Puelles en la madrugada del día 22 de marzo, martes santo, del presente año, hemos perdido a uno de los filósofos españoles más profundos y brillantes del siglo XX. A quienes tuvimos la dicha y el privilegio de conocerle y de tratarle, de ser sus amigos y sus discípulos, se nos ha regalado contemplar una vida presidida por “el interés por la verdad”, como reza el título de uno de sus libros. Y en esta contemplación sus amigos y discípulos hemos conocido también que la búsqueda filosófica de la verdad es enteramente compatible con una profunda fe

en la divinidad de Jesucristo. El ejemplo de la vida de don Antonio Millán-Puelles nos lo ha mostrado inequívocamente.

Agradezco, pues, vivamente la invitación a participar en este acto académico organizado por la Sociedad Internacional Tomás de Aquino de España en recuerdo de tres miembros ilustres suyos fallecidos recientemente. Ello me da ocasión para trazar una breve semblanza intelectual de quien fue mi maestro de filosofía y glosar con la concisión requerida la que a mi juicio es la contribución fundamental del profesor Millán-Puelles a la metafísica: su exploración del ámbito de la irrealidad.

Breve semblanza intelectual de Millán-Puelles

Poco hacía que Antonio Millán-Puelles había cumplido los 84 años cuando le sobrevino la muerte, como consecuencia de los padecimientos que venía sufriendo desde meses atrás. El filósofo, en efecto, había nacido el 11 de febrero de 1921 en la localidad gaditana de Alcalá de los Gazules, el pueblo con el nombre más bello de España, según solía decir orgullosamente.

Su vocación a la filosofía la descubrió el día en que encontró en una librería de Cádiz un ejemplar de las *Investigaciones lógicas* de Edmund Husserl. El título le llamó poderosamente la atención. ¿Es posible investigar en una disciplina no experimental como es la lógica? La búsqueda de la respuesta a esta cuestión le llevó no sólo a leer detenidamente el libro de Husserl, sino también a abandonar los apenas comenzados estudios de medicina y dedicarse a los de filosofía. Se matriculó así en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, en la que de 1939 a 1942 cursó los llamados “estudios comunes”. Luego completó los estudios propiamente filosóficos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, como entonces se llamaba, en la que llegó a ser discípulo, entre otros, de Manuel García Morente. Se licenció brillantemente en 1943.

Al año siguiente obtuvo la cátedra de Filosofía de los Institutos Nacionales de Enseñanza Media, cátedra que desempeñó primero en Albacete y luego en Algeciras y Madrid. Al mismo tiempo prosiguió sus estudios filosóficos elaborando su tesis doctoral bajo la dirección de Leopoldo-Eulogio Palacios. La presentó en 1946 con el título de *El problema del ente ideal. Un examen a través de Husserl y Hartmann*, obteniendo la máxima calificación. La lectura de las *Investigaciones lógicas* tuvo, pues, su primer rendimiento.

En 1951 ganó por oposición la cátedra de Fundamentos de Filosofía, Historia de los Sistemas Filosóficos y Filosofía de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. En ese mismo año publicó un libro de asunto metafísico, su *Ontología de la existencia histórica*. Uno de los frutos de la enseñanza en su cátedra es la publicación en 1955 de sus famosos *Fundamentos de filosofía*, libro de texto que ha conocido, hasta hoy, numerosas ediciones. En 1958 reunió en un tomo varios de sus escritos filosóficos aparecidos en diversas revistas y lo publicó con el título de *La claridad en filosofía y otros estudios*. En marzo de 1961 ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con un discurso sobre *La función social de los saberes liberales*. Del año 1963 son dos libros suyos: *La formación de la personalidad humana* (no olvidemos que en ese momento Millán-Puelles es también catedrático de filosofía de la educación) y *Persona humana y justicia social*.

A esta etapa de su actividad filosófica pertenece también uno de sus libros fundamentales y más originales: *La estructura de la subjetividad*, aparecido en 1967 y traducido al italiano en 1973. A este respecto no puedo dejar de mencionar un suceso que le hacía especialmente feliz. Hallándose por esa época en Roma en un simposio, se encontró con uno de los participantes en él, el entonces cardenal Wojtyła, quien le mostró el libro que llevaba en la mano: un ejemplar de la traducción italiana de *La*

estructura de la subjetividad, al tiempo que le manifestaba su profundo acuerdo con los hallazgos expuestos en esa obra y destacaba el hecho de que ambos, el cardenal y nuestro filósofo, habían seguido trayectorias intelectuales muy semejantes. Don Antonio guardó siempre agradecida memoria de esta declaración y de este detalle personal del autor de *Persona y acto*, que luego sería el Papa Juan Pablo II el Magno.

Cierra la producción intelectual de esta etapa de la vida de Millán-Puelles la publicación en 1974 de un extenso estudio sobre los fundamentos de la realidad económica titulado *Economía y libertad*.

En 1976 pasó a desempeñar la cátedra de Metafísica de la Universidad Complutense. En ese mismo año, para conmemorar el veinticinco aniversario de su labor en la Universidad, algunos de sus discípulos editaron en forma de libro varios trabajos del maestro con el título de *Sobre el hombre y la sociedad*. En esos escritos se ve hasta qué punto el profesor Millán-Puelles no era en absoluto un intelectual descuidado de las preocupaciones de la vida cotidiana tanto privada como pública. En 1984 aparece su *Léxico filosófico*, que en realidad, bajo la forma de un diccionario, constituye un singular y completo tratado de metafísica. El mismo lugar que ocupan los *Fundamentos de filosofía* en los inicios de su enseñanza universitaria, tiene este *Léxico filosófico* en las postrimerías de su actividad docente.

Porque, en efecto, en 1987 le llegó la hora de la jubilación, bien que anticipada por las leyes universitarias del momento. Nuestro filósofo pudo así vacar a sus investigaciones, aplazadas por sus muchas obligaciones docentes. Adviértase, en efecto, que el profesor Millán-Puelles impartió su magisterio no sólo en la Universidad Complutense, sino también en otras varias Universidades españolas y extranjeras, de las que fue profesor visitante o profesor extraordinario, como la Universidad de Navarra, que visitó en numerosas ocasiones, la Universidad de Maguncia y otras varias Universidades de Hispanoamérica. Y repárese también en que nuestro pensador dirigió unas treinta tesis doctorales sobre temas filosóficos muy diversos, por no mencionar las muchas memorias de licenciatura redactadas bajo su tutela.

En verdad, ni las tristezas de la vida, alguna muy honda, ni los achaques de la edad, pudieron detener la producción intelectual de Millán-Puelles a partir de su jubilación. Así, en 1990 aparece su esperado libro *Teoría del objeto puro*. La tengo por la obra más fundamental de las suyas. Creo no equivocarme si afirmo que llevaba preparándola, de una u otra forma, con mayor o menor intensidad, directa o indirectamente, más de cuarenta años. Tres años de feliz interrupción de la actividad docente arrojó como fruto esta obra extensa, madura y densa, que mereció ser traducida al inglés y editada en Alemania en 1996.

En 1994 aparece su principal aportación a la ética, el libro titulado *La libre afirmación de nuestro ser. Una fundamentación de la ética realista*. Al año siguiente, en 1995, publica *El valor de la libertad*. Dos años después, en 1997, da a la estampa *El interés por la verdad*. Y, en fin, en 2002 y 2003 publicó los dos tomos que componen su último y magnífico libro *La lógica de los conceptos metafísicos*, cuyo primer volumen está dedicado al estudio de “la lógica de los conceptos trascendentales” y el segundo a “la articulación de los conceptos extracategoriales”. La muerte interrumpió definitivamente la elaboración del libro en que venía ocupándose en los últimos años y que los lectores de la obra de nuestro autor siempre añoraremos: el tratado sobre la inmortalidad del alma.

No puede, pues, extrañar que las extraordinarias calidades de su ingente obra filosófica hicieran merecedor a don Antonio Millán-Puelles de los muchos y variados galardones que obtuvo a lo largo de su vida, otorgados por las más diversas instituciones nacionales y extranjeras: recibió, entre otros, el Premio Nacional de Literatura en 1960, el Premio

Juan March de Investigación Filosófica en 1966, el Premio Nacional de Investigación Filosófica en 1976, el Premio Roncesvalles de Filosofía en 1999, la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio, la Gran Cruz al Mérito Civil y el Premio *Aletheia* de la Academia Internacional de Filosofía de Liechtenstein.

Pero preguntémosnos: ¿Cuál es la filiación intelectual del profesor Millán-Puelles?

¿Cuáles son los rasgos esenciales de su estilo de pensar y de escribir?

A la primera pregunta respondió el propio Millán-Puelles en una antigua entrevista de 1956 y creo que el mucho tiempo transcurrido desde entonces no ha hecho sino confirmar sus términos inequívocamente. A la cuestión: “¿Ha habido alguna gran evolución en su biografía intelectual?”, nuestro filósofo respondió: “Como resumen de mi autobiografía intelectual se puede hablar de un tránsito de la fenomenología husserliana a la filosofía del ser”. Y a la nueva pregunta: “¿Qué clase de filosofía del ser?”, contestó: “Yo me muevo dentro de la gran tradición aristotélica. Las muchas críticas que se hacen a Aristóteles, los estudios analíticos de sus obras, la mayoría de las veces, no hacen sino reforzar su postura. Aristóteles es una especie de institución filosófica. El único filósofo que realmente ha creado una escuela. Pero, para mí, esto no significa una actitud ahistórica y cerrada, sino que lleva aparejado el estar alerta a la vitalidad del pensamiento metafísico en su renovación actual”. Creo que, a la vista de su entera producción intelectual, ya completa por la muerte, cabría muy bien seguir describiendo en términos muy parecidos a estos la raigambre filosófica del profesor Millán-Puelles.

Para contestar a la cuestión sobre los rasgos esenciales de su estilo de pensamiento acudiré a la autorizada opinión de su maestro Leopoldo-Eulogio Palacios. Con ocasión del ingreso de nuestro filósofo en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribió Palacios: “La inteligencia de Millán es, como su prosa, centelleante, algo dura en su relucir, no se sabe si con reflejos de acero o de piedra”. Y todavía: “Millán es un adepto de la gran filosofía, escrita de manera difícil, sólo accesible a los entendidos. Pero esto no quiere decir que sus libros no hundan sus raíces en la tierra de las certezas populares, ni que dejen de convertir las fáciles certidumbres del pueblo en savia que vivifica y alimenta las intrincadas espesuras de la razón”.

Por mi parte, añado este otro nuevo rasgo de su estilo intelectual. Se trata de su característico modo de filosofar en diálogo permanente con las grandes tradiciones filosóficas de todos los tiempos. En su reflexión, en sus libros, se trasluce, en efecto, un conocimiento extraordinario de la historia de la filosofía de todas las épocas, particularmente de Aristóteles, de Tomás de Aquino y los escolásticos posteriores, de los filósofos modernos en general, Kant y Hegel sobre todo, de Brentano, de Husserl, como también de muchos pensadores de orientación fenomenológica y de no pocos filósofos analíticos contemporáneos. Con todos ellos entra en diálogo vivo nuestro autor en su propia meditación. El pensamiento de Millán-Puelles, aunque sumamente original, es un claro caso de lo que los griegos llamabansynphilosophiein, de filosofar en radical apertura a otras mentes.

El problema de la irrealidad

Apenas hay, como se ha podido comprobar, cuestión filosófica que no haya suscitado el interés del profesor Millán-Puelles y a la que no haya dedicado algún estudio particular, e incluso en el ámbito de las cuestiones más propiamente metafísicas se ha ocupado de temas muy variados. Pero ¿cuál ha sido, en realidad, el problema metafísico que explícita o implícitamente ha presidido el quehacer filosófico de Millán-Puelles a lo largo de su trayectoria de pensador?

Es evidente que toda investigación filosófica se pone en marcha movida por el acicate de una pregunta. Acaso la pregunta metafísica más fundamental, la más apropiada para

despertar el auténtico *thaumázein* filosófico, es la que formuló Leibniz, y luego Heidegger, en estos términos: ¿Por qué existe algo en lugar de la nada? ¿Por qué hay algo y no, más bien, nada?

No se puede decir que esta capital pregunta no haya interesado a Millán-Puelles ni que no la haya tratado en sus escritos. Pero me atrevo a decir que no ha sido esta la pregunta que más acuciantemente le ha preocupado. Creo que la pregunta fundamental que le ocupó desde sus inicios es una pregunta lógicamente anterior a esta clásica cuestión, a saber: ¿Es que podría haber la nada, lo que en absoluto no es, como parece que se quiere decir al preguntar por qué no existe más bien la nada? ¿Qué es esa nada a la que aluden Leibniz y Heidegger con su cuestión? ¿Puede ponerse acaso al algo y a la nada en el mismo plano? ¿Cómo cabe siquiera pensar lo que no es en absoluto?

La reflexión sobre lo que está supuesto en la pregunta “¿Por qué hay algo y no, más bien, nada?” ha llevado primeramente a Millán-Puelles a formular esta misma cuestión de un modo más preciso y ajustado. La cuestión, en los términos con que habitualmente se plantea, tiene, en efecto, el inconveniente, según nos enseña nuestro autor en uno de sus últimos libros, “de que ya de inmediato, sin ningún ulterior añadido ni análisis, atribuye a la nada un posible existir, con lo cual la incluye en el algo o, si se prefiere, en el ente *in communi (überhaupt Seiendes)*, quedando así anulada la pregunta, si por el ente se entiende, en la más amplia acepción, no sólo lo efectivo o actual, sino también lo posible *in genere*”. La pregunta habría, pues, que formularla así: “¿Por qué hay algo, en vez de no haber nada?”.

Pero la meditación sobre los supuestos de esta pregunta obligó sobre todo a Millán-Puelles a llevar a cabo toda una exploración de lo que no hay, de lo irreal, del no ser, de lo que no hay pero lo hubo, de lo que no hay pero acaso habrá, de la nada, en fin. El problema de la irrealidad es, en efecto, a mi entender, el problema fundamental al que dedicó predominantemente su trabajo intelectual nuestro filósofo. Alguna vez le oí decir, hablando con humor de sí mismo y de su obra filosófica: “En filosofía, yo, en realidad, con ‘nada’ me he ocupado; a ‘nada’ he dedicado mis esfuerzos”. Y, en verdad, esta ocupación con la nada le llevó a escribir varios cientos de páginas sobre el no ser y sus formas cardinales, páginas que, a mi juicio, se cuentan entre las mejores que sobre el asunto se han escrito, y no sólo, desde luego, en español.

Pasos en la exploración de lo irreal

La ocupación de Millán-Puelles con lo irreal se extiende, por lo menos, desde la redacción de su tesis doctoral hasta la publicación de su libro capital *Teoría del objeto puro*.

Cabe decir que, en el fondo, el objetivo que se propuso nuestro autor en sus primeras meditaciones, que, prolongadas durante décadas, culminarían en el establecimiento de una completísima teoría de la irrealidad, era encontrar el lugar ontológico, por así decir, de ciertas entidades que no son en absoluto entes reales, pero que tampoco son, ni mucho menos, entes absurdos. Con ello, a nuestro autor se le fue revelando paulatinamente la insuficiencia del esquema ontológico de la Escuela, según el cual el ente se divide sin más en ente real (*ens reale*) y ente de razón (*ens rationis*).

El primero de los casos de esas particulares entidades que no son reales, pero tampoco absurdas, le vino ofrecido, sin duda, por su juvenil estudio de las *Investigaciones lógicas*. Como es sabido, la crítica del psicologismo realizada por Husserl en esa obra tuvo como resultado el descubrimiento del ente ideal, esto es, de unos entes que se caracterizan por su carencia de contenido existencial, por su estructura irreductiblemente intemporal y por su objetividad. ¿Qué tipo de ser corresponde a unos entes que no existen como los individuos temporales y que, pese a ser absolutamente irrealizables, verdaderamente son, según afirma Husserl?

Tal es la cuestión a la que dedicó Millán-Puelles su tesis doctoral. La discusión detenida, y técnicamente muy precisa, de las concepciones de lo ideal tanto de Husserl como de Hartmann, condujo a Millán-Puelles a este resultado: el ser ideal es, en último análisis, concepto, ser en la mente. El ser ideal corresponde a lo que en la Escuela se llama “naturalezas universales”.

Pero, si esto es así, si el ser ideal es la meta de un proceso abstractivo, si es propio del ser ideal tener una naturaleza *prout est in intellectu*, según la fórmula escolástica, ¿es que entonces el ser ideal es un tipo de ente de razón? A oponerse a esta apresurada conclusión dedicó Millán-Puelles un breve, pero enjundioso estudio, publicado en 1953 con el título *Ser ideal y ente de razón*. En él se defiende, en efecto, que el ser puramente accidental que consiste en estar en el entendimiento no constituye en modo alguno una razón suficiente para tener a las naturalezas abstractas por entes de razón. He aquí, pues, una importante excepción en el esquema ontológico tradicional puesta de relieve por nuestro filósofo: el ente ideal no es, evidentemente, un caso de ente real, pero tampoco encaja en el ámbito de los entes de razón.

El segundo caso de esos entes que no son reales, pero tampoco imposibles, que atrajo el interés de Millán-Puelles fue el caso del futuro. Ya he señalado que en 1951 publicó nuestro autor su *Ontología de la existencia histórica*. El estudio que en esa obra lleva a cabo nuestro filósofo del ser de lo histórico y del ser de lo pasado le llevó de la mano a meditar sobre la ontología del futuro, a la que dedicó unas páginas admirables. El futuro, claro es, no es un ser ahora real: el futuro es precisamente lo que todavía no es. Pero esto no quiere decir que el futuro sea un mero ente de razón ni tan siquiera que sea un mero posible. El futuro es, según la fórmula acuñada por nuestro autor en ese libro, el “haber de ser”. Y es fácil advertir que este “haber de ser” difícilmente encuentra encaje en el esquema ontológico tradicional.

El tercer caso de esas especiales entidades que no son reales, pero tampoco absurdas, al que dedicó su atención Millán-Puelles es el constituido por las apariencias, por los engaños en que a veces incurrimos cuando tomamos lo que no es por lo que es. En efecto, en 1963 Millán-Puelles comenzó una investigación que culminaría en 1967 con la publicación de uno de sus libros capitales: *La estructura de la subjetividad*. El tema mismo de la investigación le llevó a indagar la forma en que la subjetividad se relaciona con lo que parece haber pero en realidad no hay, proponiendo así luminosas explicaciones del hecho y la posibilidad de la apariencia y del error. Pero cuando nuestro filósofo trata de determinar el estatuto ontológico de la apariencia, cuando intenta describir el ser mismo de lo aparente, se encuentra con una nueva excepción en el esquema ontológico clásico: la apariencia no es, lo dice la misma palabra, un caso de ente real, pero en absoluto tampoco un caso de ente de razón. “La apariencia” —nos enseña en este libro Millán-Puelles— “es un ‘*neutrum* de realidad y de irrealidad’. Como algo que se limita a estar ahí, constituido *obiective* ante la conciencia, no es de suyo irreal ni real. [...] Lo cual no significa que sea simplemente un puro objeto en el sentido en que hay que decir esto de un mero *ens rationis*”.

Tanto el caso del ente ideal como los casos del futuro y de la apariencia parecen romper, pues, claramente la división tradicional del ente en ente real y ente de razón. No está claro que esto mismo ocurra con los objetos que Meinong llamaba “objetos sin hogar” (*heimatslose Objekte*), precisamente porque creía que no lo tenían en ninguna de las ciencias existentes. Y tampoco es patente que sean probativas las razones que llevaron a Brentano a recusar lo irreal como verdadero objeto del pensar. A esos temas, entre otros, dedicó, en efecto, durante varios años sus cursos de doctorado el profesor Millán-Puelles.

La teoría del objeto puro

Todos estos motivos contribuyeron, sin duda, a mostrar a nuestro filósofo la necesidad de elaborar una doctrina en la que encontraran su lugar preciso y adecuado el ente ideal, el futuro y la apariencia y en la que se diera incluso hospedaje y cobijo a los llamados objetos sin hogar. En el curso de sucesivas meditaciones, todos estos entes se le presentaron a Millán-Puelles como casos diversos, entre otros muchos más, de lo que dio en llamar “objeto puro”. Y a mostrarlo, con toda la justificación necesaria y en toda su amplitud, dedicó su obra acaso más importante, la *Teoría del objeto puro*. En ella nuestro pensador se distancia en cierta manera de lo tradicionalmente admitido y propone un nuevo esquema ontológico, con el que intenta hacer justicia al ingente polimorfismo de lo irreal.

Según este esquema, el ente real, entendido sólo como el ente efectivamente existente, se contrapone a lo que Millán-Puelles llama “objeto puro”. “Objeto puro” es, en efecto, algo irreal, es decir, algo no existente, que, sin embargo, está presente ante una conciencia en acto. Lo que de verdad no es, lo sólo aparente, lo que en sí mismo no puede ser ente ninguno, puede, sin embargo, parecerlo, puede parecer ser algo real. Pero ello no sería a su vez posible si no lo pareciera ante alguna conciencia en acto. Es, pues, lícito atribuir la presencia intencional, el mero *objici* o *phaineszai* a lo que de verdad no es, a lo irreal. Lo irreal agota su ser en ser objeto ante una conciencia; su ser es ser únicamente polo intencional de una conciencia. Lo irreal es objeto y sólo objeto, vale decir, objeto puro.

Ahora bien, la conciencia puede objetivar de dos formas, según que hablemos del conocimiento sensible o del conocimiento intelectual. Por tanto, es menester, según nos enseña nuestro autor, distinguir dos grandes especies de irrealidad: lo inexistente que, a pesar de ello, es presente a la sensibilidad constituye lo irreal sensible; lo irreal dado ante el entendimiento conforma, por su parte, lo irreal inteligible.

De lo irreal sensible son ejemplos los llamados “errores de los sentidos externos”, las alucinaciones y las imágenes oníricas. En general cabe decir que lo irreal sensible es siempre algo fácticamente inexistente, es decir, algo que excluye contingentemente el no ser.

En lo irreal inteligible, en cambio, hay que distinguir lo inexistente que, con todo, no carece de aptitud para existir, es decir, lo irreal inteligible fácticamente inexistente, de lo inexistente que es incapaz de suyo de existir, o sea, en la terminología de nuestro autor, lo irreal inteligible apodícticamente inexistente. Los tres casos del primer tipo de irreal inteligible son lo meramente posible, que Millán-Puelles considera perfectamente irreal, lo pretérito inteligible (llamado así para distinguirlo de lo pretérito sensible, es decir, de lo pretérito captado por el sentido interno llamado memoria) y lo futuro, que nuestro autor define ahora con esta fórmula: lo futuro es aquello cuya existencia es posterior a su pura objetualidad.

Son, en fin, ejemplos de la segunda clase de lo irreal inteligible los *entia rationis* de la tradición: verbigracia, la nada absoluta, la ceguera o las llamadas *secundae intentiones*. A estos entes de razón añade todavía nuestro autor una nueva clase, a la que tradición no concedió un lugar propio: las llamadas “quiddidades paradójicas”, de las que son ejemplo el círculo cuadrado o el centauro. Bien se ve, pues, que, para nuestro autor, los entes de razón no son lo único irreal, y ni siquiera lo único irreal inteligible. El polimorfismo de lo irreal es, en verdad, ingente, y es mérito innegable de Millán-Puelles el haber propuesto por vez primera una ordenación sistemática y completa de sus tipos y formas y el haber analizado todos ellos con grandísimo esmero. Adviértase que con todo este completo estudio de lo irreal Millán-Puelles trataba en el fondo de comprender más y mejor el ente real y, más concretamente, el ente real finito, el ente que es y, a la vez, no es. En este sentido, el profesor Millán-Puelles solía decir

que Hamlet no había acertado con la verdadera cuestión. La cuestión no es ser o no ser. Lo verdaderamente difícil es explicar un ente que es y no es. De ahí que nuestro autor soñara con escribir un libro titulado precisamente: *Ser y no ser, esa es la cuestión*. De esta monumental *Teoría del objeto puro* ha escrito Josef Seifert en el Prefacio de la traducción inglesa de la obra: “Este libro de Millán-Puelles es, sin duda, una obra absolutamente excepcional del rango más elevado, una obra que sólo puede compararse —y en su mayor parte positivamente— con algunas de las obras filosóficas más grandes y más famosas de nuestro siglo. Me atrevo a predecir que esta obra maestra de Millán-Puelles se recordará en el tercer milenio como una de las mayores contribuciones que se han hecho en el siglo XX al realismo epistemológico y metafísico y a la exploración de las irrealidades”.

A la luz de todas estas consideraciones, me permito proponer lo siguiente, para concluir este recuerdo de don Antonio Millán-Puelles. Así como muchos de los grandes doctores de filosofía y teología de la Edad Media nos son hoy conocidos por un sobrenombre muchas veces relativo al objeto predilecto de sus meditaciones, tengo para mí que no hay nadie que se haya hecho más merecedor que el profesor Millán-Puelles del título de *Doctor irrealitatis*. Propongo, pues, que le concedamos este título, que acaso nuestro filósofo no lo habría recibido con menos alegría que con la que agradeció los muchos honores que se le tributaron en vida. Muchas gracias por su atención.

.....
Rogelio Rovira



VII Congreso Católicos y Vida Pública
«Llamados a la Libertad»